

nifestaciones de la crueldad hispana, y la muerte en las batallas, en las prisiones y patíbulos, formó como una inmensa horca que nacía en la tierra y se elevaba al cielo, entre el reflejo escarlata de la sangre regada y el brillar quejumbroso de las lágrimas santas de las viudas y huérfanos! y sobre la luminosa cabeza de la libertad vibró fuerte y violento el rayo de la desventura y de la angustia y vinieron los momentos de prueba y de martirio en que un ocase triste parecía insinuarse y en que la grave sepultura de la Patria se veía marcarse en lotananza, y fué entonces cuando al filo perverso del hacha maldicida del déspota feroz, cayeron las sagradas cabezas de Caldas y la Pola, Cabal, García Rovira, Lozano, Antonia Santos, Camilo Torres, Rodríguez y Torices y mil más, que forman el martirologio de la Patria y representan la más valiosa joya que ostenta en su diadema el ángel de la gloria.

Pero el derecho de ser libre no se adquiere sino a fuerza de valor y de pujanza y nuestros padres así lo comprendieron, y como si las charcas de sangre y los ríos de lágrimas fueran a dar vida al germen de la libertad que se moría, se levantó airado y poderoso el genio del patriotismo y del ardor merced al esfuerzo vigoroso desplegado por los padres de la Patria, la estrella de los triunfos volvió a surcar el cielo y la dulce sonrisa de la esquivia victoria dibujó una estrofa delicada y olímpica en el libro de sangre que se estaba escribiendo, y como por un incomprensible sortilegio los patriotas supieron realizar acciones llenas de heroísmo y de pericia como la de las Ouseiras del Medio, en que Paez, el héroe del Llano, el Ángel exterminador de las huestes Realistas con 150 hombres amigó un ejército de 4.000, y como la casi inverosímil del Pantano de Vargas, que fué como el preludio de la batalla gloriosa y decisiva que nos dió la libertad y que hoy conmemoramos.

.....
Era el 7 de Agosto de 1819.—Había llegado el momento destinado por la suerte para jugar el porvenir de un pueblo entero. Había sonado la hora en que la vida y la muerte se encontraban cara a cara para disputarse la existencia de Colombia. El día puro y claro de la libertad y la noche oscura y tenebrosa de la esclavitud cruzaban energícos y fieros el acero de la lucha, y el sol de la luz y del derecho parpadeaba en el oriente, mientras que al otro lado la nube densa del sometimien-

to hervía en convulsiones violentas y mortales.

Bolívar, hoy hace un siglo, en una mañana de luz y de gloria, con el alma llena de fé y el ánimo de fuerza para vivir siendo libre o para morir por buscar la libertad, se dirige a sus tropas, las que merced a un atrevido movimiento efectuado el día anterior ocupaban la Ciudad de Tunja y pronunció éstas lacónicas palabras: "A ocupar el puente Boyacá".

Era necesario empeñar la lucha decisiva y cortar el camino de la capital al ejército Realista mandado por Barreiro, vencido éste la independencia estaba asegurada, las cadenas oprobiosas que nos unían al trono de la España se romperían en mil pedazos y el clarín sonoro del triunfo conseguido resonaría glorioso por todos los ámbitos del mundo. El Libertador, sereno en su grandeza, reposado en apariencia pero ardiendo en su interior, da la orden de marchar cuando el enorme reloj del tiempo señalaba con el puntero impasible de la muerte la hora de la coyunda eterna o del despertar glorioso, cuando el rayo de la guerra ya cansado ardía para besar con ósculo de fuego la frente de un pueblo vencedor y soberano o acariciar los ojos doloridos de un pueblo que agoniza.

Y a las dos de la tarde de ese inolvidable día, se inició la gran Batalla entre los barraqueos que rodean el Puente, como si aquel hubiera sido el lugar escogido para el duelo a muerte. El ataque fué vigoroso, tenaz la resistencia y encarnizada la lucha, hubo momentos de ansiedad suprema en que la victoria pareció indecisa, hasta que ya al anochecer, en medio del estruendo del combate, de gritos de entusiasmo y alaridos de dolor, se vió flamear gallardo y triunfador, glorioso y santo, despedazado por la metralla pero coronado de mirtos y laureles, al pabellón de la libertad y del derecho que agitado por el viento parecía acariciar desde la altura los cuerpos de los bravos que morían con la satisfacción purísima del que dá la vida por ganar la Patria. Y el sol de ese día de sangre pero también de gloria, al ocultarse pareció besar con sus rayos dorados ya murientes, las figuras portentosas de Bolívar y Santander, Anzoátegui y Rondón que marchaban vencedores, al paso que Barreiro, Jiménez casi toda la oficialidad Realista y 1.600 soldados quedaban prisioneros, pagando en esa forma el delito de pretender ahogar la libertad.

El esfuerzo quedaba coronado y recompensado los diarios y profundos sufrimientos de los gallardos atletas de la Patria, y días después en Bogotá las tropas vencedoras presentaban sus armas aún humeantes, cuando el vicepresidente Zea, puesto de pie en el augustó recinto del congreso pronunciaba estas palabras memorables: «Señores: La República de Colombia queda constituida, Viva la República de Colombia!» Tronaron los cañones como eco de las descargas de Boyacá. Estallaron las notas de músicas marciales como un saludo al nacimiento oficial de nuestra Patria. Sobre el capitolio de ése entonces, como un pájaro de luz, abrió las alas la divina Bandera Colombiana y el mapa de la América mostró otro nuevo país nacido en las playas del derecho, mecido en la cuna de la gloria, bautizado con la sangre de sus hijos y defendido por la espada de sus propios héroes.

.....
Señores! hace ya un siglo que tenemos Patria, Libertad, República! sublime trinidad gloriosa y santa, gage precioso que nos fué legado por los que en Boyacá presentaron gallardos y solemnes el pecho descubierto a la metralla enemiga, herencia inmaculada amasada con sangre que dice de heroísmo, con lágrimas que nos hablan de amor y con sudor que nos cuenta de trabajos heroicos! ¡Sangre, lágrimas y sudor los tres líquidos orgánicos que derramaba Atlas el Gigante cuando cargaba el mundo! ¡Libertad, Patria, República los tres rayos divinos que encendió Bolívar!

¡La Patria que es para el mortal la blanca tumba en donde duermen los que nos dieron vida, el arca santa guardadora de las glorias y lauros del nombre que llevamos, el relicario glorioso que guarda las caricias tan puras de la madre, el saucedal sereno y silencioso a donde iremos todos: nuestra dulce compañera idolatrada, nuestros hijos y nosotros mismos a rendir la jornada de la vida!

¡La libertad, glorioso emblema que nos muestra la estela luminosa que traza el pensamiento desde el cerebro en donde nace, hasta la tribuna en donde vibra, la prensa que lo grita, la cátedra que lo enseña y lo difunde y el ejemplo que lo muestra y lo practica,!

¡La República palabra milagrosa que nos cuenta de un gobierno sano y justo que mira como iguales al niño mecido en cuna de oro, entre músicas y flores y